

LAS ALMAS DE LA MAYORÍA

CARLOS GONZÁLEZ MUÑIZ

LAS ALMAS DE LA MAYORÍA

CARLOS GONZÁLEZ MUÑIZ

© *Las almas de la mayoría*
Carlos González Muñiz

© Primera edición:
La Cifra Editorial, 2018

D.R. © 2018, La Cifra Editorial, S. de R.L. de C.V.
Avenida Coyoacán 1256-501, Col. Del Valle,
C.P. 03100, Ciudad de México
contactolacifra@gmail.com
www.lacifraeditorial.com.mx

Dieño de portada: Diego Álvarez / Roxana Deneb
De las ilustraciones y concepción gráfica del Epílogo: Jazbeck Gámez

Esta obra se realizó con apoyo del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes a través del Programa Jóvenes Creadores

ISBN: 978-607-9209-67-4

Todos los Derechos Reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito de los editores.

Impreso en México / *Printed in Mexico*

LA CIFRA
editorial

Perhaps the roses really want to grow,
The vision seriously intends to stay

H.W. Auden

El problema con las tuberías comienza así. Lucía lava sus manos. Entonces, por accidente, su anillo de oro resbala hasta el ojo del lavabo.

Enciende la luz del corredor. Se detiene frente al ventanal y analiza las condiciones del clima. Los pinos se retuercen a contraluz. Va a la habitación, agita a su esposo. A medio despertar, Esteban Colima escucha el relato del anillo mientras Lucía lo empuja a donde ocurrió todo.

Detrás de las paredes se escucha correr el agua.

—Mala señal —dice ella y piensa en la dirección que ha tomado su vida.

Con medio cuerpo adentro del gabinete, Esteban sopesa en un hilo argumental más o menos sólido desde lo absurdo de comprar un anillo de bodas hasta los principios básicos de la fontanería.

—Puedo llamar a mi padre, él diseñó la instalación —dice él.

—No —dice ella.

—¿Cuánto tiempo lleva ahí?

Lucía calcula. Mira el techo, se truenan la espalda.

—Diez minutos.

Esteban calcula. Cierra los ojos, despierta a intervalos.

—Es demasiado.

Sale del gabinete, limpia una mano con la otra como si hubiera realizado un trabajo agotador y se acomoda sobre el wáter. No para de reír. Es la primera vez que Lucía *no sabe cómo resolver algo*. Entenderá por fin el rigor de la existencia.

—Entonces, ¿le llamo a mi padre? —insiste Colima.

—Mejor no. No quiero que lo molestes a estas horas.

—Le hablo en la mañana.

—No quiero que lo molestes tampoco en la mañana.

—No quieres que le hable en absoluto: perfecto, lo compondré yo y tú te resignas si la casa termina caminando en la montaña.

Esteban sale del baño, se detiene frente al ventanal y pondera la condición actual del cielo. Hay nubes blancas. La luna en cuarto creciente le parece estupenda. Lucía viene detrás de él.

—Tengo que terminar un capítulo, mañana lo entrego. ¿Te encargas?

—Me encargo.

Una vez distribuidas las tareas, no hay nada más que decirse.

Esteban se acomoda en un suéter grueso. Escucha los tecleos furiosos de Lucía desde el estudio. El radio-reloj, puesto a medias sobre unas cajas de cartón por desempacar, marca las tres y media de la mañana. La ventana de la alcoba mira hacia el Valle de México. La superficie inverosímil de la ciudad da vuelta al mundo.

Una vez en la planta baja, Esteban recuerda someramente los planos y sabe que la tubería pasa detrás del muro que tiene delante. En la cocina, los trastes de la cena todavía están sucios. Los restos de boloñesa y trozos de pan escamados por el frío esperan en la tarja.

Al costado de una cocina integral de laca anaranjada, Esteban instaló un teléfono de pared.

Llama al celular de su padre, subrepticamente. Antes del cuarto tono, Gregorio Colima contesta.

—Soy yo, ¿estabas dormido?

Esteban escucha la voz de una mujer en un fondo de ruido blanco.

—No.

—Menos mal.

—Los mejores relatos empiezan con una llamada a deshoras —contesta Gregorio—. Recuerdo uno extraordinario, aquél del simio.

—*La pata de mono*. Nadie llama por teléfono en *La pata de mono*.

—Pero alguien llama a la puerta, en medio de la noche.

—Es el hijo muerto, ya lo sé. Mira, hay una situación. Lucía tiró su anillo en el lavabo.

—¿En cuál?

—El de arriba.

Gregorio se toma un minuto.

—Como yo lo veo, se atascó en un codo. Lo primero: busca en el gabinete, justo debajo. Si no lo encuentras, busca entre la puerta del baño de visitas y el quicio del recibidor.

—¿Tengo que romper la pared?

—No, romperla no. Es de tablarroca. Quitas los paneles y luego los colocas de nuevo. Lo que sí hay que estropear es la pintura y unos canales de yeso.

—¿Y si no está ahí?

—La fosa séptica. O quizá en otros codos, entre el lavabo y el excusado de la planta baja. Pero no. No puede ser. Es un anillo de oro, ¿no?

—Sí.

—Pesa lo suficiente. Tiene que estar ahí.

—Bien, ya lo busco.

Esteban cuelga, se queda quieto. Hace diez minutos estaba dormido. Ahora debe abrir la cañería, buscar una argolla, mantener a su padre al tanto y aceptar que todo ocurre.

Lucía de pie, detrás de él:

—Si te digo “no le hables a tu papá”, y tú le hablas, ¿entonces qué?

No hay respuesta. Esteban reflexiona con los ojos bien abiertos, Lucía se acostumbra al silencio de la casa, prepara una infusión con miel y desprende tres cafiaspirinas de su empaque.

—Usa los audífonos. Voy a hacer ruido —Esteban remueve el cajón de las herramientas. Se apodera de una *stillson*, la sopesa sobre la palma de su mano. Lucía sube las escaleras. Su taza humea en equilibrio sobre una charola. Se despiden en voz baja.

Se desean buenas noches temblando de frío.

La vida de las personas tiene un subsuelo en donde las conexiones fluyen y se entrecruzan. En esa medida, el conocimiento de uno mismo es una larga paciencia y la odisea de abrir la pared se extiende hasta las seis cuarenta de la mañana.

Esteban observa en calma la luz del día, los pájaros despiertan entre las ramas y caen las gotas de una lluvia ligera contra la ventana.

Abrió la tubería debajo del gabinete. Por supuesto, no encontró el anillo.

Ahora, frente a él se encuentra el esqueleto de la casa. Puede ver la instalación eléctrica, vigas cruzadas y cuatro tubos que bajan desde el baño de arriba. Dos pueden ser para el desecho, los otros dos para el agua corriente. Cuál es cuál, nadie lo sabe. Es necesario decidir, escoger sólo uno.

Será entonces el tercero de izquierda a derecha.

Esteban entierra la *stillson*, aprieta los ojos al forzar la dureza del tubo y cuando por fin logra vencerla recuerda, muy tarde, que olvidó la llave de paso.

El chorro de agua le golpea la barbilla. La presión es feroz, imposible contenerla. El agua helada le entume la piel. Esteban corre a la cocina para cerrar la llave. No está ahí. ¿En dónde está? Sale al jardín, busca detrás de la lavadora, debajo del calentador, entra, sube las escaleras, tampoco en el baño de la alcoba. Hay que decidir pronto. Un charco se extiende por los ciento diez metros de superficie. El espejo de agua refleja el ventanal y el inicio del día. Cada ir y venir de Esteban acompasado por el chapoteo de sus pies contra el piso.

Tiene una última corazonada. Antes de tomar el teléfono y llamar de nuevo a su padre, recuerda que la toma del gas está en la cochera, a un costado de la puerta del garaje. Quizá las tomas estén juntas.

Sale, tantea con las yemas la carrocería escarchada del Fiat Palio.

Se detiene. Algo llama su atención. Observa con cuidado la hierba. La humedad que se le ha impregnado.

En el jardín hay un estanque. Las gotas de rocío todavía hacen ondas sobre la superficie. El estanque, de apenas un metro de diámetro, está lleno de renacuajos. El agua transparente agita también la entereza del cielo. Es un estanque que ya estaba ahí antes de hacer la casa. Fue lo primero que Esteban vio en ese terreno. Un estanque como de cuentos, enlameado y turbio.

Y entonces lo ve.

En el fondo del estanque asoma el anillo entre la tierra enlameada.

Cuando Esteban sumerge la mano, el agua se enturbia por un brote de polvo, siente el nado de los ajolotes, toma la argolla. No hay duda. Tiene grabada en la cara interior la fecha de la boda.

Examina el estanque a sus pies; la casa, detrás. Por supuesto, el estanque no se conecta con ninguna tubería. No se conecta con nada, por eso es lo que es. Ahí está, salvaje y quieto en el jardín.

El hallazgo del anillo en un estanque tal vez no significa nada. A Esteban no le importa. Lo que lo perturba es su incapacidad para el asombro. El APP puede degenerar en epilepsia en raros casos.

Si hay algo que decir sobre el desplazamiento imposible de ese anillo, ya se ocupará luego. Antes, debe contener la inundación que desborda la planta baja.

Una anciana japonesa conduce una Wagoner 1985 por la carretera Picacho-Ajusco. El viaje desde Lomas Verdes le ha tomado una hora y cuarenta minutos. Significa cruzar de lado a lado la Ciudad de México. Primero por Echeagaray, luego el Periférico, por último la carretera ascendente entre los pinos.

En el asiento del copiloto un niño observa la ciudad. Viste pantalones de tela azul marino, un chaleco rojo y una camisa blanca de manga larga. Ese niño también tiene rasgos orientales. Ella, la señora Fuoyama, nació en la prefectura de Fukuoka en 1943.

Esta mañana despertó temprano, preparó té y bebió en calma. Lo más difícil había pasado. Las alternativas se redujeron a una sola. Ahora sólo restaban un par de horas y la sencilla ejecución del cometido.

Le dio vueltas al asunto desde que su nieto, José Han, apareció en su vida intempestivamente.

—¿Abuela? —José Han habla por primera vez en todo el viaje.

La señora Fuoyama hace un ruido sin abrir la boca.

—¿A dónde vamos?

Espera una respuesta que no llega.

Esta mañana José Han despertó antes que su abuela y estuvo una hora pegado a la ventana. El cuarto en que dormía fue, durante muchos años, el de su madre.

Su abuela subió más tarde.

—Ven, te preparé el baño.

A la abuela no le gusta el nombre de José Han. A ella le gusta más *Kiyoshi*. Si se quedase con el nieto, le cambiaría el nombre, pero nadie debe crecer con una vieja.

Se peinaron y se vistieron. Lavaron juntos los platos y barrieron las hojas secas del jardín. Aunque el mismo sol los iluminaba, a Han lo hizo brillar de otra manera. La abuela barrió llorando.

—Estas flores las sembró tu mamá, Kiyoshi.

José Han miró las flores, apretadas en sus capullos.

—Las flores están cerradas, ¿por qué?

—Porque aún no es tiempo de florecer. Toma la maleta, ya nos vamos.

José Han atisbó las flores con desencanto y entró en la casa.

—¿Ya vamos a llegar?

La Wagoner salta sobre los agujeros del pavimento. Una bifurcación en el camino hace dudar a la señora Fuoyama. Decide por la izquierda, el paisaje más poblado. Se tranquiliza cuando pasa una gasolinera y varios anuncios comerciales sobre el valle: un campo de golf, un campo de *gotcha* y un restaurante familiar en donde puedes pescar una trucha y luego comerla. Debe seguir de largo cuando encuentre el letrero de Santo Tomás Ajusco.

Además de la maleta, José Han lleva una mochila que alguna vez usó para ir a la escuela y que ahora está en sus rodillas. Sobre ella recarga el mentón.

La anciana no quiere hacer lo que hace. Pero no hay otra manera.

Se detienen frente a una puerta de tablones, a los pies de una cuesta poblada de pinos.

—¿Estás llorando otra vez, abuela?

No hay otra manera.

Las cosas deben seguir su curso, como un río que atraviesa el mundo aunque se desborde sobre casas muy pobres y deje a las familias sin sus hijitos ahogados.

La abuela sale del auto al golpe frío. Camina tambaleante sobre la terracería y busca en el portaequipaje. Desliza la maleta.

—Bájate, Kiyoshi.

—No me llamo Kiyoshi, abuela.

—Ya sé. Las cosas serían diferentes si te llamaras Kiyoshi.

José Han baja de la camioneta de un salto y observa el cielo. Le gustan las nubes tan cerca y las ráfagas de aire en el cabello.

La abuela toma al nieto de las axilas y lo sienta en el cofre de la Wagoner. Sus rostros, dos ojos bien abiertos, quedan frente a frente.

—Escúchame. ¿Me escuchas?

—Sí, abuela, te escucho.

—Te voy a pedir que hagas algo.

—¿Es muy difícil?

—No, ya verás que no.

—¿Qué es?

—Quiero que tomes tu maleta y entres en esta casa.

Han examina la casa, calcula.

—¿Y para qué?

—Es un favor.

—Y luego, ¿qué hago?

—Luego quiero que vivas aquí.

—¿Yo solo?

La señora Fuoyama no quiere llorar otra vez. Ante ella no está su nieto, sólo el vislumbre de algo que terminó hace mucho. Que nunca debió comenzar.

—No, claro que no. En esta casa vive gente. Sólo pide permiso y sé educado.

—¿Ya no quieres vivir conmigo?

Abuela y nieto se quedan en silencio hasta que la señora Fuoyama baja a José Han del cofre y le entrega su maleta.

—Diles cuál era el nombre de tu mamá. ¿Te acuerdas del nombre de tu mamá?

—Sí.

—Entonces ve.

—Sí, abuela. Pero si no me gusta vivir aquí, ¿puedo regresar contigo? *Soy una vieja cobarde, ya no te abriré la puerta.*

—Claro que puedes. Ahora ve.

José Han vivió con su abuela seis meses. Antes de eso, nunca la había visto. Es una mujer buena pero en su casa nunca se puede estar

solo ni hacer las cosas por uno mismo. No pierde nada si va y llama. Está acostumbrado a no vivir en ninguna parte.

La abuela le indica a su nieto, con un movimiento de la cabeza, que avance por el jardín y él obedece. Pasa las manos sobre la carrocería de un auto estacionado y se acerca a la puerta. Mira atrás. Su abuela le parece la mujer más vieja del mundo. Le parece que se encoge en ese minuto largo en que deben separarse, que se encogerá desde ahora hasta desaparecer por completo.

Con la mano cerrada golpea. Se le resbala del hombro la mochila. El motor encendido de la Wagoner le provoca un sobresalto. El ruido del motor vibra en la corteza de los árboles.

Nadie abre la puerta.

El auto de la abuela se pierde a la distancia.

En este preciso instante, José Han se encuentra en medio, entre lo que se va y lo que llega. Qué lugar tan horrible para un niño.

Toca el timbre.

Antes de que alguien abra, siente los zapatos mojados, también los calcetines. Un caudal descende desde el quicio de la puerta de la casa inundada.

—Estoy embarazada. No tengo trabajo y regresé con mi madre para que me ayude. No tengo nada más que esperar.

Esteban bajó la vista. Luego quiso mirarla hasta que le dijera: el niño es tuyo y no hay en el mundo mayor causa de felicidad que verte.

—Te rendiste muy pronto. Escribías bien.

Cloe se sentó de nuevo en el sillón columpio, encendió un cigarro pero luego lo apagó.

—Debo dejarlo.

El rincón más vacío del mundo parecía abrirse paso a unos metros.

—¿Todavía recuerdas los cromos de los testigos de Jehová? Un gran día de campo, bendecido por todos los frutos de la tierra y al frente un niño rosado como filete que abrazaba a un león que había satisfecho su apetito con la sola gracia de la vida eterna.

—Todavía recuerdo. La vida nunca fue eso, pero en comparación con ahora, tal vez sí, tal vez taparse los ojos con piedras planas o lanzar hula-hulas porque abajo era la forma del paraíso.

—Yo me imaginaba viviendo en una granja. Y te ibas a casar conmigo para cuidar esa granja. Eso era el paraíso para mí. Pero tú siempre necesitaste la promesa de salir en la portada de una revista.

—Ya sé. Y si el paraíso es algo que ya nos ocurrió cuando corríamos por el parque, el resto de la vida ya nos ha ocurrido. Las cosas tienen sentido en su clara e irremediable necesidad cuando somos niños.

—Si hubieras seguido escribiendo, yo nunca me habría alejado de ti ni tú de mí, y habríamos tenido la capacidad de entregarnos al devenir, de comer sólo galletas saladas y agua mineral, y despreciar a todos